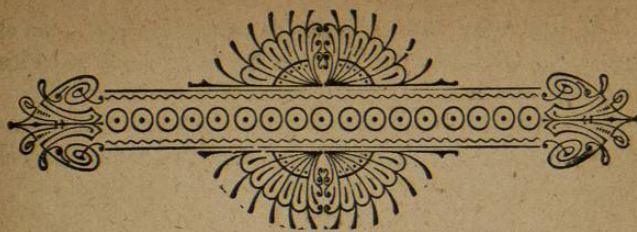


Taanach volvió á subir á la habitación. Se echó en el suelo desgarrándose el rostro con las uñas; se mesaba los cabellos, y lanzaba agudos alaridos.

Se le ocurrió la idea de que podían oírlos; entonces calló. Sollozaba sin ruido, con la cabeza entre las manos y el rostro sobre las losas del pavimento.



XI

En la tienda



El hombre que guiaba á Salammbó la hizo adelantar primero hacia las catacumbas, luego bajar á lo largo del arrabal de Moluya, lleno de callejuelas escarpadas. Los dos, caballos al paso, llegaron á la puerta de Teveste.

Sus pesadas hojas estaban entreabiertas; pasaron; aquellas se cerraron detrás de ellos.

Primeramente siguieron un camino que corre á lo largo de las murallas, y una vez dejadas atrás las cisternas, enfilaron un camino que, entre el golfo y el lago, llega hasta Rhadés.

Nadie había alrededor de la ciudad, ni en el mar ni en



la campiña. Las olas de color de pizarra batían nuevamente la playa y un viento ligero hacía saltar la espuma de sus crestas. A pesar de sus velos, Salammbó tiritaba al contacto del aire. Después se levantó el sol; mordía su espalda y su nuca, y á pesar de sus esfuerzos, sentía invencible somnolencia.

Cuando hubieron dejado atrás la montaña de las Aguas Calientes, los caballos tomaron un paso más vivo porque el suelo ofrecía mayor resistencia.

De cuando en cuando una pared medio calcinada se levantaba á orillas del camino. Los techos de casas y cabañas estaban hundidos, las paredes cuarteadas y en el interior no se veía si no muebles destrozados, jarras y ánforas rotas, telas desgarradas: por allí había pasado la devastación asoladora.

A menudo un rostro terroso aparecía entre aquellas ruinas y un cuerpo cubierto de harapos se ocultaba en algún agujero. Salammbó y su guía no se detenían.

Las llanuras abandonadas se sucedían unas á otras. A veces se veían rincones apacibles donde corría un arroyuelo entre altas hierbas. Salammbó, para refrescar las manos, cogía las hierbas húmedas. Junto á un grupo de laureles rosas, el caballo de Salammbó dió un salto: había visto el cadáver de un hombre tendido en el suelo.

Por exceso de precaución, el guía de Salammbó, que era un hombre á quien Schahabarim empleaba para todas las comisiones peligrosas, iba á pie, junto á ella, entre los dos caballos.

A mediodía tres bárbaros vestidos de pieles cruzaron con los viajeros. Poco á poco aumentaron en número y en cantidad los grupos de mercenarios. Al ver á Salammbó algunos murmuraban una bendición y otros alguna broma obscena. El guía les contestaba á todos en su lengua, diciéndoles que la hija del Suffeta era un niño enfermizo que iba á un templo lejano.

Acababa el día. Oyéronse ladridos de perro; se acercaron hacia el punto donde resonaban.

Por fin vieron una cerca de piedras que resguardaba una construcción arruinada. Un perro corría por allí; el guía le lanzó guijarros y entraron en una sala abovedada.

En el centro una mujer en cuclillas se calentaba junto á un fuego de zarzas, cuyo humo se escapaba por los agujeros del techo. Sus cabellos blancos, que le caían hasta las rodillas, la ocultaban á medias; y sin querer contestar, con expresión de idiota, murmuraba imprecaciones contra los bárbaros y cartagineses.

El guía buscaba á derecha é izquierda. No hallando nada que comer volvió á la vieja. Esta, sin volver la cabeza y con los ojos fijos en los carbones, murmuraba:

—Yo era la mano. Los diez dedos están cortados. La boca ya no come.

El esclavo le enseñó un puñado de oro. Se lanzó sobre él la vieja; después volvió á su inmovilidad.

El hombre sacó un puñal y la amenazó. Entonces, temblando, la vieja sacó de debajo de una losa un jarro de vino y algunos pescados de Hippo-Zaryta conservados en miel.

Salammbó no quiso tocar aquel manjar inmundo, y se durmió sobre las mantas de los caballos colocadas en un rincón.

Antes del alba se despertó.

El perro aullaba. El guía se acercó despacito á él y con un puñal le mató de un solo golpe. Después, con la sangre, frotó el morro de los caballos para reanimarlos. La vieja le lanzó una maldición. Salammbó, al verlo, apretó el amuleto que llevaba sobre el corazón.

De nuevo se pusieron en marcha.

De cuando en cuando, preguntaba si llegarían pronto. El camino ondulaba entre colinas bajas. Se oía el canto de las cigarras. El sol requemaba la hierba amarillenta. A veces pasaba una víbora; volaban las águilas; Salammbó



soñaba envuelta en un velo, y á pesar del calor no lo apartaba por temor á manchar su precioso traje.

De trecho en trecho había torres que levantaron los cartagineses para vigilar á las tribus. Entraban en ellas para descansar y refrescarse, y después volvían á marchar.

La vispera, por prudencia, habían dado un largo rodeo; pero ahora no hallaban ni un bárbaro siquiera; como la región era estéril, no se internaban en ella.

De nuevo aparecieron huellas de las devastaciones. A veces, en el centro de un gran campo, se veía un mosaico; era el único resto de una quinta: los olivos sin hojas parecían grandes matas de espinas. Atravesaron una aldea cuyas casas estaban arrasadas. Junto á las paredes había esqueletos humanos. Mulos y dromedarios á medio devorar obstruían las calles.

Cerrada la noche el cielo estaba cubierto de nubes.

Durante horas siguieron con dirección á Occidente, y de pronto, aparecieron ante sus ojos gran número de luces.

Brillaban en el fondo de un anfiteatro. Aquí y allá se veían manchas de oro que centelleaban cambiando de sitio. Eran las corazas de los clinabatos del campamento púnico; luego distinguieron cerca de aquellas, otras luces más numerosas, pues los ejércitos de los Mercenarios unidos se extendían sobre una inmensa superficie.

Salammbó hizo un ademán para adelantarse, pero el guía la llevó un poco más lejos, hasta encontrar una brecha que daba paso al campamento de los bárbaros. En lo alto de la trinchera se paseaba un centinela con el arco al brazo y una pica sobre el hombro.

Salammbó no cesaba de avanzar. El bárbaro se arrodilló, y una larga flecha desgarró el borde del manto de aquella. Como permaneciese inmóvil y gritando, el soldado la preguntó lo que quería.

—Hablar á Matho,—contestó;—soy un transfuga de Cartago.

Lanzó un silbido que se repitió varias veces como modulado por otros centinelas.

Salammbó esperaba. Su caballo asustado daba vueltas relinchando.

Cuando llegó Matho, la luna se elevaba á espaldas de Salammbó. Pero como tenía sobre su rostro un velo amarillo con flores negras y tantas ropas alrededor del cuerpo, era imposible reconocerla. Desde lo alto de la trinchera miraba Matho á aquella forma vaga, que se dibujaba como un fantasma en la penumbra de la tarde.

Por fin ella dijo:

—Llévame á tu tienda. ¡Lo quiero!

Un recuerdo que no podía precisar brilló en su memoria. Sentía latir su corazón. Aquel tono de mando le intimidaba.

—¡Sígueme!—contestó.

Bajóse la barrera, y penetró en el campo de los bárbaros.

Había allí gran tumulto; unos á otros se llamaban los soldados, gritaban y cantaban. Los caballos, atados á unas estacas clavadas en el suelo, formaban largas líneas rectas entre las tiendas. De éstas las había redondas, cuadradas, de cuero y de tela; barracas de caña y agujeros en la arena como los que hacen los perros.

Salammbó recordaba haberlos visto ya; pero sus barbas eran ahora más largas, sus rostros más negros, sus voces más roncadas. Matho, caminando delante de ella, los apartaba con un ademán de su brazo que levantaba su manto rojo. Algunos le besaban las manos; otros inclinándose le pedían órdenes, porque ahora, era el verdadero, el único jefe de los bárbaros; Spendio, Autharito y Narr'Havas estaban desanimados, y él había mostrado tal audacia y obstinación que todos le obedecían.

Salammbó siguiéndole atravesó todo el campamento. Su tienda estaba en el extremo á trescientos pasos de las trincheras de Hamilcar.



Vió á la derecha un ancho foso y le pareció que algunos rostros asomaban sobre el talud al nivel del suelo, semejantes á cabezas cercenadas. Pero sus ojos centelleaban y de aquellas bocas entreabiertas se escapaban gemidos en lengua púnica.

Los negros, que sostenían fanales de resina, estaban á ambos lados de la puerta. Matho apartó la tela bruscamente. Ella le siguió.

Era una tienda grande, con un mástil en el centro. Una gran lámpara en forma de loto la alumbraba, llena de aceite amarillento, en que flotaban puñados de estopa. Se veía entre las sombras arreos militares que relucían. Una espada desnuda se apoyaba en un escabel, cerca de un escudo. Había látigos de cuero de hipopótamo, címbalos, collares, campanillas; en un rincón, sobre una piedra redonda, había puñados de monedas de cobre; y por los desgarrones de la tela, el viento traía el polvo del exterior y las emanaciones de los elefantes, á los que se veía comer sacudiendo sus cadenas.

—¿Quién eres?—dijo Matho.

Sin contestar, Salammbó miraba á su alrededor; sus ojos se detuvieron en un lecho de palma, donde se veía fulgurar algo azulado y centelleante.

Se adelantó vivamente, dejando escapar un grito. Matho, detrás de ella, golpeaba el suelo con el pie.

—¿Qué te trae? por qué vienes?

Ella contestó, designando el Zaimph:

—¡Para tomarlo!—y con la otra mano arrancó los velos que la cubrían.

Matho retrocedió con los codos echados hacia atrás, asombrado, casi aterrorizado.

Se sentía como apoyada por la fuerza de los dioses; y mirándole frente á frente le pidió el Zaimph; lo reclamó con palabras elocuentes y altivas.

Matho no la oía; la contemplaba, y su traje, para él, se confundía con el cuerpo. La suavidad y centelleo de las

ropas eran, como el esplendor de su piel, algo especial que solo pertenecía á ella. Sus ojos, sus diamantes centelleaban; el brillo de sus uñas continuaba el de la pedrería de sus dedos; los dos broches de su túnica, levantando al go sus senos, los acercaba uno á otro, y Matho pensaba con delicia en aquel estrecho intervalo que les separaba, por donde corría un hilo de perlas con una placa de esmeraldas que colgaba más abajo sobre la gasa violada. Sus aretes eran dos balancitas de záfiro con una perla ahuecada llena de perfume líquido. Por los agujeros de la perla, de cuando en cuando, caía una gota que mojaba su espalda desnuda, Matho la miraba caer.

Una curiosidad indomable le arrastró, y como un niño que pone la mano sobre una fruta desconocida, tembloroso, con la punta del dedo, la tocó ligeramente en la tabla del pecho; la carne un poco fría cedió con resistencia elástica.

Aquel contacto, apenas sensible, conmovióle hasta el fondo de sus entrañas. Un impulso de todo su sér le precipitaba hacia ella. Hubiera querido envolverla, absorberla, beberla. Su pecho anhelaba, entrechocábanse sus dientes.

Cogiéndola por las muñecas, la atrajo suavemente y se sentó sobre una coraza cerca del lecho de palma, cubierto con una piel de león. Salammbó estaba de pie. Mirábala él de alto á bajo, y teniéndola así entre sus piernas repetía:

—¡Qué hermosa eres! ¡Qué hermosa eres!

Sus ojos continuamente fijos en los suyos la hacían sufrir, y aquel malestar, aquella repugnancia aumentaban de un modo tan agudo, que Salammbó debía contenerse para no gritar. El recuerdo de Schahabarim la contuvo.

Matho continuaba con las manos de ella entre las suyas, y de cuando en cuando, á pesar de la orden del sacerdote, desviando la cara trataba de apartarle sacudiendo los brazos, El dilataba la nariz para oler mejor el perfume de su



cuerpo. Era una emanación indefinible, fresca, y que, sin embargo, aturdiría como el humo de un pebetero. Sentía la miel, la pimienta, el incienso, las rosas y aun otro sabor.

¿Cómo estaba cerca de él, en su tienda, á su discreción? Alguien, sin duda, la había empujado hasta allí. ¿Había venido por el Zaimph? Sus brazos cayeron y bajó la cabeza abrumado por una duda repentina.

Salammbó, para enternecerle, le dijo con voz quejumbrosa:

—¿Qué te hice para que quieras mi muerte?

—¡Tu muerte!

Ella continuó:

—Te ví una noche á la luz de mis jardines incendiados, entre copas humeantes y mis esclavos que se desesperaban; tu cólera era tan grande, que saltaste hacia mí y tuve que huir. Luego el terror se ha apoderado de Cartago. Las ciudades quedaban arrasadas, el fuego devoraba las campiñas y los bosques. Mis hermanos de Cartago caían á centenares. Eras tú quien los había perdido, eras tú quien los había asesinado. ¡Te aborrezco! ¡Tu solo nombre me roe como un remordimiento! ¡Eres más aborrecido que la peste y que la guerra romana! ¡Las provincias se conmueven al sentir tu furor; los surcos están llenos de cadáveres! ¡He seguido la huella de tus hogueras como si marchara detrás de Moloch!

Matho se levantó de un salto; un orgullo colosal dilataba su corazón; sentíase fuerte como un dios.

Con las alas de la nariz abiertas, apretados los dientes, continuó la virgen:

—¡Como si no fuera bastante tu sacrilegio, viniste á mi estancia durante mi sueño, cubierto con el zaimph! No comprendí tus palabras, pero adiviné que querías arrasarme hacia algo espantoso, al fondo de un abismo.

Matho, retorciéndose los brazos, exclamó:

—¡No, no! ¡Era para dártelo, para devolvértelo! ¡Me pa-

recía que la diosa había dejado su manto para tí, y que te pertenecía! En su templo ó en tu casa, ¿qué importa? ¿No eres, acaso, todopoderosa, inmaculada, radiante y bella como Tanit?

Y con una mirada llena de adoración infinita:

—¡A menos que no seas la misma Tanit!

—¿Yo? ¡Tanit!—pensaba Salammbó.

No hablaban. El trueno retumbaba á los lejos, los carneros balaban asustados por la tempestad.

—¡Oh! ¡acércate! ¡acércate! no temas nada! En otro tiempo era un soldado igual que los otros mercenarios, y tan bueno, que ayudaba siempre á mis compañeros. ¡Qué me importa Cartago! La multitud de sus hombres, se agita para mí como perdida en el polvo de tus sandalias, y todos sus tesoros con las provincias, las flotas y las islas, no despiertan mi deseo como la frescura de tus labios y el contorno de tus hombros. Si quería derribar sus murallas, era para llegar hasta tí, para poseerte! Además, así me vengaba. Ahora, aplasto á los hombres como si fueran gusanos, me lanzo sobre las falanges, aparto las lanzas con las manos, detengo los caballos por los ollares; una catapulta no me mataría! ¡Oh! ¡si supieras como me acuerdo de tí! A veces el recuerdo de un ademán, de un pliegue de tu vestido, se apodera de mí, me enlaza como una red! Veo tus ojos en las llamas de las faláricas y en el oro de los escudos! Oigo tu voz en el són de los címbalos. Me vuelvo; tú no estás allí! y entonces torno á la batalla!

Levantaba sus brazos, bajo cuya piel se entrecruzaban las venas, como la yedra en las ramas de los árboles. Extemecíanse sus músculos cuadrados, su respiración conmovía sus costados ceñidos por un cinturón de bronce adornado de cordones que caían hasta sus rodillas, más firmes que si fueran de mármol. Salammbó acostumbrada á ver á los eunucos se sentía dominada por la fuerza de aquel hombre. Aquello debía ser el castigo de la diosa, ó la influencia de Móloch, que alentaba sobre los cinco ejér-



bitos. Un gran cansancio la vencía, escuchaba con estupor el grito intermitente de los centinelas que se contestaban unos á otros.

Las llamas de la lámpara vacilaban bajo las ráfagas de aire caliente. De cuando en cuando, lucían amplios relámpagos; luego la obscuridad redoblaba, y no veía sino las pupilas de Matho, que ardían como dos tizones en la obscuridad. Comprendía que una fatalidad la rodeaba. Que aquel era un momento supremo, irrevocable, y haciendo un esfuerzo, fué hacia el zaimph y levantó las manos para cogerlo.

—¿Qué haces?—gritó Matho.

Ella gritó con placidez:

—Me vuelvo á Cartago.

Se adelantó Matho cruzando los brazos con un aspecto tan terrible, que inmediatamente quedó como clavada en el suelo.

—¡Volvete á Cartago!

Baluceaba y repetía rechinando los dientes:

—¡Volvete á Cartago! ¡Ah! Venías para tomar el zaimph, para vencerme y desaparecer luego! ¡No! ¡no! ¡Me perteneces! Nadie podrá arrancarte de aquí. ¡Oh! no he olvidado la insolencia de tus grandes ojos tranquilos, ni como me aplastabas bajo el orgullo de tu belleza! ¡A mi vez ahora! ¡Eres mi cautiva, mi esclava, mi criada! Llama si quieres á tu padre y su ejército! A los antiguos á los ricos; y á todo tu execrable pueblo! ¡Soy el jefe de trescientos mil soldados! Iré á buscar más á Lusitania, á las Galias, al Desierto, y derribaré tu ciudad, quemaré sus templos y los triremes flotarán sobre olas de sangre! No quiero que quede ni una casa, ni una piedra, ni una palmera! ¡Si los hombres se acaban, atraeré los osos de las montañas y empujaré los leones! ¡No trates de huir porque te mato!

Lívido y con los puños crispados, se estremecía como un arpa cuyas cuerdas van á saltar. De repente los sollo-

llos le ahogaron y tambaleándose, como si fuera á caer, añadió:

—¡Ah! ¡perdóname! Soy un infame, más vil que los escorpiones, que el barro y que el polvo, Hace poco, mientras hablabas, tu aliento ha pasado sobre mi rostro y me deleitaba como un sediento que bebe en un arroyo. ¡Aplástame, con tal que sienta tus pies! ¡maldíceme con tal que oiga tu voz! ¡No te vayas! ¡Piedad! ¡Te amo! ¡Te amo!

Estaba de rodillas ante ella, la rodeaba el talle con ambos brazos, echada atrás la cabeza y errantes sobre el cuerpo de Salammbó las manos; los discos de oro que llevaba en las orejas, relucían sobre su cuello bronceado, gruesas lágrimas caían de sus ojos, parecidos á globos de plata, suspiraba de una manera acariciadora y murmuraba vagas palabras más ligeras que la brisa y suaves como un beso.

Salammbó se sentía invadida por una languidez en que perdía la conciencia de sí misma. Algo íntimo y superior, un tiempo, una orden de los dioses la obligaba á abandonar; sentía como si una nube la levantara del suelo, y desfallecida, se echó en el lecho, sobre la piel del león. Matho la cogió los talones, la cadenita de oro se rompió y los dos extremos, parecían dos vivoras saltadoras. Cayó el zaimph envolviéndola; y sintió el rostro de Matho que se acercaba á su pecho.

—¡Moloch, me quemas!

Y los besos del soldado, más devoradores que la llama recorrían su cuerpo, sentíase como arrastrada por el huracán, como absorbida por la fuerza del sol.

Matho la besó los dedos de las manos, los brazos, los pies, y las largas trenzas de sus cabellos desde un extremo á otro.

—¡Llévatelo!—decía; —¿qué me importa? ¡Llévame á mí también! ¡Abandonaré el ejército! ¡renuncio á todo! Más allá de Gades, mar adentro, hay una isla cubierta de polvo de oro, de verdura y de pájaros; en las montañas, gran-



des flores llenas de perfumes que arden, se balancean como eternos incensarios; en los limoneros más altos que cedros, hay serpientes de color de leche, que con los diamantes de sus fauces hacen caer los frutos sobre el césped; el aire es tan suave, que impide morir. ¡Oh! la encontraré, verás. Viviremos en grutas de cristal en la falda de las colinas. Nadie habita esa isla encantada, y si hay hombres, yo seré su rey.

Limpio el polvo de sus coturnos; quiso que pusiera entre sus labios un gajo de granada; acumuló detrás de su cabeza los vestidos para formarla un cojín. Buscaba todos los medios de servirle, de humillarse, y puso sobre sus piernas el zaimph como un simple tapiz.

—¿Todavía guardas aquellos cuernecillos de gacela en que cuelgas tus collares? ¡Me los darás! ¡Los deseo!

Hablaba como si la guerra hubiese acabado y reía alegremente. Los mercenarios. Hamilcar, todos los obstáculos habían desaparecido, La luna se deslizaba entre dos nubes, la veían por una abertura de la tienda.

—¡Ah! ¡Cuántas noches he pasado contemplándola! me parecía un velo que ocultaba tu rostro; tú me mirabas á través de él; tu recuerdo se mezclaba á sus rayos y no sabía distinguíros á una de otra.

Y con la cabeza entre sus pechos, lloraba abundantemente.

—¡Hé aquí—pensaba ella—el hombre formidable que hace temblar á Cartago!

Se durmió. Entonces, soltándose de sus brazos, puso un pie en su el suelo, y advirtió que la cadenilla estaba rota.

Se acostumbraba en las grandes familias á que las virgenes respetaran esta traba, como una cosa casi religiosa y Salammbó, ruborizándose, arrolló alrededor de sus piernas ambos extremos de la cadenita.

Cartago, su casa, su habitación y la campiña que había atraesado, se confundían en su mente en imágenes

tumultuosas y sin embargo precisas. Pero el abismo que se había abierto ante ella, las alejaba á una distancia infinita.

Cesaba la tempestad; pocas gotas de agua cayendo una tras otra, hacían oscilar el techo de la tienda.

Matho, como un hombre embriagado, dormía tendido de lado, con un brazo fuera del lecho. Su diadema de perlas se había apartado un poco y dejado al descubierto su frente. Una sonrisa mostraba sus dientes. Brillaban entre su barba negra y sus párpados entornados descubriase una alegría silenciosa y casi insultante.

Salammbó le miraba inmóvil con la cabeza baja y las manos cruzadas. En la cabecera de la cama había un puñal sobre una mesa de ciprés; la vista de aquella hoja brillante le sugirió un deseo sangriento. Se acercó, lo cogió por el mango. Al roce de su vestido, Matho entreabrió los ojos alargando la boca hacia las manos. El puñal cayó al suelo.

Oyeronse gritos; un resplandor espantoso fulguraba detrás de la tienda. Matho la levantó; vieron grandes llamas que envolvían el campamento de los libios. Sus barracas de caña ardían, y las estacas de apoyo, retorciéndose estallaban entre el humo; en el horizonte rojizo negras sombras corrían desatentadas. Se oían los alaridos de los que estaban en las cabañas; los elefantes, los bueyes y los caballos, saltaban entre la multitud aplastándola. Las trompetas sonaban. Muchos gritaban:

—¡Mathol! ¡Mathol!

Algunos querían forzar la puerta.

—¡Ven! Hamilcar incendia el campamento de Autharito.

Se levantó de un salto; Salammbó quedó sola.

Entonces examinó el zaimph, y cuando lo hubo contemplado, quedó sorprendida al no sentir la dicha que



imaginara. Permanecía melancólica ante su ensueño realizado.

Entonces se levantó la tela de la tienda y apareció una forma monstruosa. Salammbó no distinguió de pronto sino dos ojos y una luenga barba blanca que llegaba casi al suelo; pues el resto del cuerpo envuelto en los harapos de un manto obscuro arrastraba por la tierra. Deslizándose así, llegó hasta sus pies, y Salammbó reconoció al viejo Giscón.

Los mercenarios, para impedir que sus cautivos huyesen,

los mercenarios, para impedir que sus cautivos huyesen, les habían roto á mazadas las piernas; y pudriéndose todos mezclados en un foso entre las inmundicias. Los más robustos, cuando oían el ruido de las gamellas, se levantaban gritando: Así es como Giscón había visto á Salammbó, había adivinado una cartaginesa por las pequeñas bolas de Sadrastro que golpeaban contra sus coturnos; y presintiendo un gran misterio y haciéndose ayudar por sus compañeros consiguió salir del foso; luego con los codos y las manos se había arrastrado unos veinte pasos más lejos hasta la tienda de Matho. Oyó dos voces. Escuchó y lo oyó todo.

—¿Eres tú?—exclamó por fin asustada.

Incorporándose sobre las manos replicó:

—¡Sí, yo soy! Me creen muerto, ¿no es verdad?

Ella bajó la cabeza, y Giscón añadió:

—¡Ah! ¿por qué los Baals no me han hecho esta gracia? Y acercándose tanto que casi la tocaba:

—¡Me habrían evitado el dolor de maldecirte!

Salammbó se echó vivamente hacia atrás por el indecible miedo que le inspiraba aquel sér inmundo, que era asqueroso como una larva y terrible como un fantasma.

—Pronto cumpliré cien años; he visto á Agatocles; he visto á Régulo, y las águilas de los romanos destrozando las cosechas de los campos púnicos! ¡Presencí todos los horrores de las batallas y ví el mar lleno de los despojos de

nuestras flotas! Los bárbaros que mandaban me han arrojado como un esclavo homicida. Mis compañeros mueren á mi lado. El hedor de sus cadáveres me despierta por la noche. Aparto las aves de rapiña que vienen á comerles los ojos; ¡y sin embargo, ni un sólo día he desesperado de Cartago! Aun cuando hubiese visto contra ella todos los ejércitos de la tierra y las llamas sobrepujar los templos, hubiese creído aún en su eternidad! ¡Pero ahora todo ha acabado! ¡todo está perdido! Los dioses la execran. ¡Maldición sobre tí, que has precipitado su ruina con tu ignominia!

Ella abrió los labios.

—¡Ah! estaba aquí,—exclamó Giscón.—Te he oído gemir de amor como una prostituta; luego, él te explicaba su deseo, y tú te dejabas besar las manos! Pero si el furor de tu impudicia te movía, debías por lo menos hacer como las bestias feroces que se esconden para ayuntarse, y no exponer tu vergüenza ante los ojos de tu padre!

—¿Cómo?—preguntó Salammbó.

—¡Ah! ¿no sabías sin duda que las dos trincheras están á sesenta codos una de otra, y que tu Matho, por exceso de orgullo, se ha situado frente á Hamílcar? Allí está tu podre detrás de tí; y si pudiese yo subir este sendero le gritaría:

—«¡Ven á ver á tu hija entre los brazos del bárbaro! Se ha puesto para gustarle el manto de la diosa; y abandonando su cuerpo, entrega con la gloria de tu nombre la majestad de los dioses, la venganza de la patria, la salvación misma de Cartago!»

El movimiento de su boca desdentada hacía mover su barba; sus ojos, fijos en ella, la devoraban; y repetía convulso entre el polvo:

—¡Ah! ¡sacrilega! ¡maldita seas! ¡maldita! ¡maldita!

Salammbó había apartado la tela, la sostenía con la mano y sin contestarle, miraba hacia al lado de Hamílcar.

—¿Es por aquí, verdad?



—¡Qué te importa! ¡Vuélvetel! ¡vetel! ¡Aplasta tu rostro contra el suelo! ¡Tu presencia mancharía un lugar santo!

Salammbó arrollóse el zaimph al talle, recogió vivamente sus velos y su manto.

—¡Voy allá! —exclamó; y escapándose desapareció.

Primeramente anduvo por las tinieblas sin encontrar á nadie, porque todos iban hacia el incendio, y el clamor redoblaba, y grandes llamas enrojecían el cielo.

Un grito sonoro se oyó á sus pies; en la sombra, el mismo que había oído al pie de la escalinata de las galeras, é inclinándose reconoció al guía que tenía del diestro á los caballos.

Había pasado la noche entre las dos trincheras, luego inquieto al ver el incendio, había vuelto atrás para ver lo que pasaba en el campamento de Matho.

Subió á caballo, Salammbó montó sobre el otro, y huyeron á todo escape hacia el campamento púnico.

Matho había vuelto á su tienda. La lámpara humeante apenas alumbraba, y creyó que Salammbó dormía. Entonces, palpó delicadamente la piel del león. Llamó. No le contestaron. Arrancó un trozo de tela para hacer entrar la luz del día; el zaimph había desaparecido. La tierra temblaba bajo pasos multiplicados. Grandes clamores, relinchos, choques de armas ensordecían el aire, y trompetas y clarines tocaban á la carga.

Era como un huracán que se arremolinaba á su alrededor. Un furor desordenado le hizo saltar sobre sus armas y se lanzó á la pelea.

Largas filas de bárbaros bajaban corriendo la montaña, y los cuadros púnicos marchaban contra ellos, con una oscilación pesada y regular. La niebla desgarrada por los rayos del sol, formaba nubecillas que balanceaban, y poco á poco, ascendiendo, descubrían los estandartes, los cascos y la punta de las picas. Bajo las evoluciones rápidas

grandes trozos de terreno aun cubiertos por la sombra parecían moverse; por otra parte se hubiera dicho que los hombres eran torrentes que chocaban unos contra otros. Matho distinguía á los capitanes, á los soldados, á los heraldos y hasta los criados que iban montados en asnos.

En vez de guardar su posición para proteger á la infantería, Narr'Havas volvió bruscamente á la derecha como si quisiera hacerse aplastar por Hamilcar.

Sus jinetes adelantaron á los elefantes y todos los caballos adelantando su cabeza sin brida galopaban tan furiosamente que su vientre parecía rozar la tierra. De pronto Narr'Havas dirigióse resueltamente á un centinela. Arrojó su lanza, su espada, su jabalina y desapareció entre los cartagineses.

El rey de los nómadas llegó hasta la rienda de Hamilcar; y dijo indicando sus hombres que estaban detenidos á lo lejos:

—¡Barca! ¡te los traigo, son tuyos!

Entonces se prosternó en señal de esclavitud, y como prueba de su fidelidad, recordó toda su conducta desde el principio de la guerra.

Primeramente, había impedido el sitio de Cartago y la ejecución de los cautivos; después no había aprovechado la victoria contra Hannon en Utica. No había tomado parte en la batalla del Macar; y se había ausentado expresamente para eximirse de la obligación de combatir al suffeta.

Narr'Havas, con efecto, había pensado engrandecer sus dominios con las provincias púnicas y había auxiliado ó abandonado á los Mercenarios, según le parecían favorables ó adversos para estos los azares de la guerra. Viendo al cabo que la victoria definitiva sería para Hamilcar se decidió por él, quizá á su odio contra Matho, á causa del mando ó de su antiguo amor.

El Suffeta le escuchó sin interrumpirle. Comprendió enseguida la utilidad de tal alianza para sus proyectos. Con



los nùmidas se desembarazarían de los libios; luego, llevaría á los occidentales á conquistar Iberia; y sin preguntarle porque no había venido antes, ni demostrar ninguna duda acerca de sus mentiras, besó á Narr'Havas, chocando por tres veces su pecho contra el suyo,

Era para romper el círculo de hierro que le envolvía, por lo que incendió el campamento de los libios. Aquel ejército llegaba como un socorro de los dioses; disimulando su alegría respondió:

— ¡Que los Baals te favorezcan! Ignoro lo que hará por tí la República, pero Hamilcar no es ingrato.

El tumulto redoblaba, los capitanes entraban en la tienda.

El suffeta se vestía y hablaba á un tiempo.

— ¡Eal! ¡á luchar! Con tus jinetes, aplastarás su infantería entre sus ginetes y los míos. ¡Valor! ¡Exterminal

Narr'Havas se precipitaba cuando Salammbó apareció.

Saltó del caballo, abrió su ancho manto y extendiendo los brazos, desplegó el zaimph.

La tienda de cuero, levantada por las esquinas, dejaba ver la montaña llena de soldados, y como estaba en el centro, de todas partes se veía á Salammbó.

Un clamor inmenso rasgó los aires, un largo grito de esperanza.

Los que estaban en marcha, se detuvieron; los moribundos se incorporaban para bendecirles, todos los bárbaros sabían ahora que había recobrado el zaimph. Le veían de lejos, creían verle; y otros gritos, de rabia y de venganza, resonaban atronadores á pesar de los aplausos de los cartagineses; los cinco ejércitos escalonados en la montaña, gesticulaban y vociferaban en torno de Salammbó.

Hamilcar, sin poder hablar le daba gracias con movimientos de cabeza. Sus ojos miraban alternativamente al zaimph y á ella y entonces advirtió que la cadenilla estaba rota. Entonces se estremeció asaltado por una sospecha

terrible; pero recobrando su impasibilidad miró de soslayo á Narr'Havas.

El rey de los nùmidas estaba en un ángulo en actitud discreta. Llevaba en la frente el polvo que tocó al prosternarse. El suffeta se adelantó hacia él, y con ademán grave le dijo:

— Para recompensar los servicios que me has prestado, Narr'Havas, te doy mi hija.

Y añadió:

— ¡Sé mi hijo y defiende á tu padre!

Narr'Havas, hizo un ademán de sorpresa y luego la besó las manos. Salammbó, inmóvil como una estatua, parecía no comprender.

Se ruborizaba y entornaba los ojos; sus largas pestañas encorvadas, prestaban sombra á sus mejillas.

Hamilcar quiso unirles inmediatamente por medio de esponsales indisolubles. Puso entre las manos de Salammbó una lanza que ofreció á Narr'Havas. Unieron sus pulgares uno contra otro con una correa, después, echáronles trigo por la cabeza y los granos que caían alrededor percutían en el suelo como granizo que rebota.

